

Caballo de Fuego



Revista peruana de literatura y arte

Perú S/. 2.00
Huancayo S/. 1.00

Huancayo, mayo, 2002

II Época

Nº 19

Conversaciones con Laura Riesco

Zein Zorrilla



Enrique Aquino

Laura Riesco es una escritora de las últimas hornadas cuya primera novela «El truco de los ojos» sorprendió al lector local habituado a una prosa que se debatía entre el realismo y un experimentalismo de corte urbano. Esa primera obra presentaba a una autora que había iniciado una revisión profunda de las herramientas del oficio y cuyos logros irían a consolidarse en su segunda novela.

la constante preocupación de mi madre porque las horas de la comida eran diariamente una tortura para todos en casa. Me negaba a comer y como resultado era no sólo enfermiza sino flaquísima, tanto que dieron en apodarme «Pelusa». Será la edad y la distancia, pero me quedan recuerdos muy vivos de esos años en la ciudad del humo y, por igual, de nuestras estancias en Tarma y en Lima.

preciada de mi padre. No me acuerdo que él le haya reprochado nunca la hoguera que consumió sus tesoros en el patio amplio y estéril de la casa de la compañía que habitábamos entonces.

En Lima mis padres escogieron vivir en Jesús María, a media cuadra del Campo de Marte, porque mi hermana mayor asistía al *Lima High School* (o el «María Alvarado», como se le llamó más tarde) y el

Conversaciones... (Viene de la Pág. 1)

colegio nos quedaba muy cerca. Mi primer año de Preparatoria fue el más traumático de todos los años de estudio que hice a lo largo de mi vida. Cuando empecé sabía leer más o menos en inglés, habiendo aprendido a hacerlo de memoria mediante cartoncitos con palabras cortas en el Kindergarten de la compañía en La Oroya, pero el silabeo del libro «Upa» se me hacía un misterio desentrañable. Además, le tenía terror a la maestra porque era muy severa, muy gorda, con lentes que le achicaban los ojos como si quisiera escrutarnos hasta el fondo del miedo, y con un moño prepotente que a mí me impresionaba mucho. Los meses de la «Preparatoria» se me hicieron larguísima y no he vuelto a tener tantos retorciones de nervios como los que sufrí a los siete años en las mañanas y al mediodía cuando caminaba a la 28 de julio donde estaba situado el colegio.

Me gradué de la secundaria en diciembre de 1957. Los once años (sin contar el primero) que pasé en ese plantel fueron felices y decisivos en mi formación personal e intelectual. Las maestras, tanto las norteamericanas como las peruanas, nos inculcaron a pensar libremente, a no tener prejuicios sociales, raciales, ni religiosos (éramos una verdadera reunión de razas, religiones y condición económica) y sobre todo, nos enseñaron a no aceptar las adversidades con resignación sólo por haber nacido mujeres, sino a levantar cabeza y luchar. Después de cuarenta y cinco años, mis amigas más queridas, mis hermanas, en realidad, siguen siendo las «chicas» del colegio. Y creo que todas estamos de acuerdo en que nuestra preparación allí fue indispensable para cualquier logro que obtuviéramos más tarde en la vida.

Mi hermana había venido becada para estudiar en los Estados Unidos cuando yo tenía ocho años y mis padres, muy descontentos con una relación romántica mía a los diecisiete, decidieron enviarme, aun sin beca, a este país. Pensé, tal vez lo pensaron ellos también, que me quedaría aquí un año o dos hasta que entrara en razón, y ya ves, por diversas circunstancias me quedé muchísimo más. Sin embargo, aun después de casada y con hijas, mi esposo y yo soñábamos planes para vivir en el Perú. Por otras circunstancias, y quizá falta de iniciativa y coraje, nunca realizamos este sueño. Confieso que siempre he vivido con un pie en este país y con el otro en mi tierra. Me imagino que la mayor parte de los

inmigrantes sufren esa misma dicotomía, sentirse «ser» y saberse «estar» al mismo tiempo.

Cuando me gradué de la Universidad de Wayne State, en Detroit, ya estaba casada con uno de mis profesores de francés. Él obtuvo una plaza de enseñanza en la Universidad de Kentucky, en Lexington, y fue allí donde saqué mi Maestría en Literatura francesa y, años después, el doctorado en Literatura hispanoamericana. Para entonces ya tenía a mis tres hijas. Nos mudamos a Maine en 1969 y todavía estamos aquí, ambos, mi marido y yo jubilados de la universidad estatal. La población del estado es pequeña y el espacio está lleno de bosques y lagos. La costa es hermosísima, muy dramática. La gente del lugar tiene la reputación de ser huraña, pero cuando se les conoce más, tienen un espíritu muy fuerte de comunidad y son muy serviciales. Si son callados, será tal vez porque el invierno y la nieve duran casi la mitad del año.

ZZ: Luego del tiempo que llevas en viviendo en Estados Unidos, ¿le guardas algún afecto especial a la literatura de este país?

LR: Habiendo vivido en Estados Unidos casi tres cuartos de mi vida, podría haberme comprometido más con la literatura de este país. Y no es que no me haya interesado, en un principio, mucho. De chica y de jovencita leía constantemente ficción, más que de mujer, no sólo por cuestión de tiempo sino por elección de textos. En el colegio, en la media, estudiábamos la literatura de este país con las mismas Antologías que usaban los alumnos aquí. De ese modo, para citar sólo unos cuantos de los que me acuerdo ahora, leímos cuentos o selecciones de Poe, O'Henry, Mark Twain, Hemingway, Willa Cather como también poemas de Longfellow (¿cómo olvidar la emoción que sentí con «Evangeline»), Edna Saint Vincent Millay, Emily Dickinson y Frost. Los años en La Oroya y el hecho que mi padre dominara muy bien el inglés, además de mi afán por la lectura, me empujaron a leer por mi cuenta todo lo que encontré en la biblioteca del colegio escrito por autores anglosajones en su idioma.

Porque pensé durante mi primer año de universidad en Detroit que pronto regresaría al Perú, me puse a leer lo más que pude de la literatura de Estados Unidos. Devoraba libros todo el tiempo que no estudiaba (y no estudiaba mucho) y así conocí las obras de los

grandes de este país, desde Henry James a Faulkner. Entre todos, estos dos, tan diferentes el uno del otro, me impactaron muchísimo. Apenas pude conseguirla, leí «El trópico de Cáncer» de Henry Miller. Creo que uno de los últimos a quien pude darme por completo fue James Baldwin porque ya entonces me interesaban los problemas raciales de este país.

Allí se acaba mi asiduidad con los escritores estadounidenses. Mientras preparaba mi Maestría en francés no hice por unos años otra cosa que leer a los de Francia. No sólo porque necesitaba hacerlo para mis estudios, pero porque personalmente me importaban mucho. Cuando pasé al doctorado en literatura hispanoamericana, con dos hijas ya, no tuve tiempo sino para dedicarme a los latinoamericanos. Por otra parte, necesitaba la lectura como medio para no perder la lengua puesto que fuera de las clases que dictaba, y en el que usaba un vocabulario muy reducido, no tenía mucha oportunidad de hablar en castellano. Más adelante enseñé no sólo el idioma, también literatura y entonces, con tres hijas y sin la ayuda de mis padres en casa, apenas pude retomar a los escritores del país donde vivía.

En los últimos años, en literatura de este país, me he dedicado a leer con gran placer las obras de Toni Morrison, de Sandra Cisneros y Helena María Villamontes, la última, extraordinaria. Sé que es canadiense, pero aún sabiéndolo, quisiera incluir a Margaret Atwood, que es, quizá, mi favorita. También he leído todo lo de a Michael Harrison, cuya novela «Dalva» me gustó enormemente hasta que se la di a mis hijas quienes me mostraron todos sus «puntos ciegos.» en otras palabras, me lo chancaron. Stephen King vive a unos quince minutos de donde nosotros vivimos durante veintiocho años; es un hombre muy capaz y sencillo y aquí en Maine se le reconoce tanto por su éxito literario como por su activismo político. Sin embargo, a pesar de que sé que tiene novelas que valen la pena leer, todavía no lo he hecho. Como otras obras de autores estadounidenses, las postergo, y me encuentro releendo textos de antaño, como las novelas picarescas españolas o las de Milán Kundera o Peter Handke.

ZZ: Volviendo a lo nuestro, Laura. ¿Cómo fue el proceso de escritura de *El truco de los ojos*? ¿Qué te proponías? ¿La influencia del Nouveau Roman?

LR: Hace tantísimo tiempo que escribí *El truco de los ojos* que sería difícil responder tu pregunta con la certeza de que lo que te contesto tiene que ver con esa época y no con lo que pienso ahora. Vaya una a saber si en el proceso actual de mi deliberación, sin querer y aun con buena voluntad, no esté rellenando, quitando y acomodando. Sé, en todo caso, que cuando por fin me propuse escribir ese libro, quería, ante todo, experimentar, experimentar lo más posible dentro de mis capacidades de jugar con las piezas que tenía a mano. (No sé si sabrás que el título que yo quería, por varias razones, era *Piezas encontradas*, pero al editor le pareció demasiado abstracto.) En todo caso, volviendo a tu pregunta, lo que todavía no sé es si a la larga fui yo la que me propuse escribir ese libro, o si, dadas las circunstancias de lo que yo leía por entonces y de la presión de mi marido para que escribiera (lo que fuera pero que escribiera), ese proyecto no me escogió a mí y todo lo que hice entonces fue ceder. Ceder.



Enrique Aquino



pero con mi propio bagaje cultural que no me permitió escribir un *nouveau roman* a lo Robbe-Grillet, o algo como «Cobra» de Severo Sarduy (que me divirtió muchísimo) porque los recuerdos y el lenguaje que vinieron conmigo del París se sobrepusieron a cualquier intento puramente cerebral de mi parte. (No sé si «cerebral» es la palabra adecuada, pero no se me ocurre otra.) Quise, es cierto, fragmentar tanto la noción establecida de los personajes como la del hilo continuo de la narración; no quería que se pudiera concretar una «identidad» o «contar» una historia. Caramba, lo hice en este respecto tan bien que no se la contó a casi nadie puesto que casi nadie la leyó. Como sabes, *El truco...* por años, cayó en un vacío absoluto. Por otra parte, pese a mi intento de renovación, no conseguí distanciarme del lenguaje limeño de ese tiempo, ni de ciertas descripciones locales fijas y reconocibles en Lima a los principios de los cincuenta. Como me dijo hace siglos un crítico español, mi escritura oscilaba en un precario andamiaje entre las ideas del *nouveau roman* y las anécdotas que surgían de experiencias posiblemente vividas o, bien, indudablemente integradas a una Lima real. Que el lenguaje en sí, como lenguaje, me interesaba, de eso estoy muy segura. No pensaba entonces (ni ahora, pero ya no con tanto fanatismo) que el lenguaje era un instrumento en mis manos, dado su poder y su anterioridad a mí, el instrumento del lenguaje era más bien yo. Y me precaví, como consecuencia, contra el concepto del «significado» y «la verdad» esencial de las palabras. Si eso era en cuanto al lenguaje, en cuanto a novelizar, procuré alejarme de los fundamentos clásicos heredados de la novela europea del siglo diecinueve, de todo aquello que Robbe-Grillet llamaba «las vacas sagradas» de novela. Aún ahora cuando escribo camino por mi texto, pasito a pasito, con mucha cautela.

ZZ: ¿Y tu balance actual de ese movimiento? ¿Te parecen todavía «vacas sagradas» los autores del siglo XIX?

LR: No me hice entender bien. Robbe-Grillet no dijo que los novelistas del siglo diecinueve eran «vacas sagradas», sino que la visión que éstos tenían de la novela estaba basada en preceptos culturales que, a través de los años, no se habían cuestionado, dudado y, mucho menos, tratado de refutar: esos fundamentos eran las «vacas sagradas» a las que Robbe-

Grillet se refería. Mantengo un respeto muy grande por el *nouveau roman*. Que ya no tenga el talento o la capacidad para escribir una novela de ese estilo, es otra cosa, pero todavía me interesan los textos que leí con tanto estremecimiento hace ya tantísimos años. Y a mí, por lo menos, la posición de la novela experimental, me valió para desmitificar mucho de lo que en nuestra herencia literaria, especialmente en la narrativa (puesto que la poesía, afortunadamente, siempre ha tenido un territorio libre y mucho más propio), había creído incommovible. El antropocentrismo del ser humano en el planeta, su eurocentrismo y lococentrismo: el lenguaje como un medio otorgado (¿por quién) a los humanos y su consecuente superioridad sobre los otros seres (¿no te parece todo esto muy bíblico?); la autoridad del Autor de saber, conocer y dirigir su escritura desde un «punto de vista estable», estable bajo la perspectiva de una ya aceptada autoridad; la continuidad causal y racional del desarrollo en la trama; el espejismo de que el texto en la página representa a la maravilla, y peor aún, «es» la realidad de lo que es/está en el mundo. Todo esto lo empecé a poner en tela de juicio a través de la nueva novela. Muy probable que otros hicieran lo mismo por su cuenta, pero yo no, soy lenta, siempre llevo un poco tarde a los acontecimientos, yo necesité ciertas lecturas que me zamaquearan y revitalizaran las ideas. Ya no puedo perder de vista, mientras escribo y describo, que *entra* el árbol vivo que está allí tras mi ventana y el otro, en el papel, ese otro que he procurado minuciosamente describir, ayudada con datos de botánica, de la topografía de su terreno, de su forma y de su olor, que entre estos dos hay un abismo insalvable, que sólo he conseguido escribir veinte páginas de palabras sobre el árbol que está allí tras mi ventana y que mis páginas no han lo han llegado a tocar. O, tal vez, como escribió con más claridad que yo Ricardou, que el cuchillo más esmeradamente descrito nunca sacará una sola gota de sangre de ningún lector. Si algo me enseñó el *nouveau roman* fue mucha humildad con respecto al solitario oficio de escribir.

ZZ: ¿Pero qué era exactamente lo que te atraía del *Nouveau Roman*? ¿Y qué obras crees que te llegaron a marcar?

LR: Los escritores de la «nueva novela» que más he leído fueron tal vez los primeros del movimiento: Natalie Sarraute, Alain Robbe-

Grillet y Michel Butor. Probablemente la novela que más me impresionó fue «Tropismos» de Sarraute porque fue la primera que leí. Había encontrado, no recuerdo donde, un comentario de Sartre que elogiaba este libro y que mencionaba la «viscosidad» en la que se desenvolvían los objetos del mundo. No crees que fue amor a primera lectura. La prosa de Sarraute me atraía y me repelía; quería seguir leyendo y al mismo tiempo dejar de leer. Me incomodaba no poder apoyarme en las bases a las que estaba acostumbrada cuando leía una obra de ficción. Me sentía asediada porque no había forma de relajarme y dejar que las páginas me llevaran de la mano al deseniace. Era yo la que, por mi parte, tenía que ponerme en acción y leerlas de otra manera, de una manera aún desconocida para mí. Cierta tiempo después superé la lectura de «Les Gommés», de Robbe-Grillet. Para entonces ya se comentaba mucho acerca de lo que estos escritores procuraban realizar y entonces no me fue tan difícil. Como te dije, las obras experimentales de esta clase me interesaron muchísimo entonces y no han dejado de cautivarme. Hace poco, en un viaje, por llevar algo ligero (de peso) que pudiera leer en el avión, saqué al azar de entre los libros de mi marido «Djinn» y «La Maison de Rendezvous». Estaban las dos novelitas en el mismo libro y en inglés, y aunque ya las había leído en el original hacía varios años, las volví a leer con interés. Sobre películas, te contaré que porque siempre hemos vivido en pueblos universitarios pequeños y para nada cosmopolitas, sólo muy de cuando en cuando llegaban películas extranjeras y las basadas en este tipo de ficción casi no llegaban. Llegué a ver «Last Year in Marienbad» (la vi tres veces) y mucho tiempo después, en un congreso de literatura en la Universidad de Kentucky, otra película basada en una idea de Robbe-Grillet. No recuerdo el título. Sí que se trataba de un mentiroso que seduce con sus artificios a las mujeres, pero no a los hombres. Un grupo de universitarias casi lo lincha cuando terminado al film. El procuró explicarse ahudando a la capacidad del «salto imaginativo» versus la versión verosímil y pedestra de la realidad, pero no lo debe haber hecho muy bien porque el asunto acabó de una manera muy hostil por la parte de varias profesoras y estudiantes entre el público.

ZZ: Todo indicaría que te inclinas a privilegiar en la novela los aspectos referidos al tratamiento estilístico del lenguaje, más que la historia en sí. Aunque Ximena tiene de ambos...

LR: Como sabes, la novela es un género que se abre y que se diversifica más y más con el tiempo. Hace muchos años Pío Baroja acertó al decir que la novela era como una gran bolsa donde toda suerte de elementos podía entrar para formarla y que no había un método determinado para definirla. Hay novelas que consisten sobre todo de fragmentos que a la larga son imposibles de juntar y éstas me desafían y hasta, a ratos, me entretienen; hay otras que mantienen una continuidad narrativa, ya sea con una prosa lírica o con una prosa sobria y descarnada y, de una manera diferente, también me interesan. Lo mismo con los personajes: en unos casos los encuentro incomprensibles fuera del texto que los contiene pues aparecen de página en página descritos de diferente manera o con otros nombres, y los hay, en otras novelas, como seres muy asequibles a nuestra imaginación o a nuestra experiencia. Ambos enfoques

pueden entusiasmar. Creo que si algo privilegio en la novela actual, cualquiera que sea su estilo, es que quien la haya escrito deje saber, sutilmente (me irritan enormemente los escritores que en su sarcasmo hacia la novela tradicional se burlan a la vez de las expectativas de sus lectores) que él o ella no tiene un monopolio sobre una «verdad» humana en lo que han tramado y escrito, y que él o ella no esté presente delante mío a lo largo del texto, como una sombra, con el índice pontifical paradito (una imagen bastante fálica de la autoridad) asegurándose que yo, como lectora, esté aprendiendo algo del tapiz de palabras hiladas por su tenacidad o talento, e impresas en las páginas del objeto que tengo entre mis manos. Por otra parte, te contaré que he leído novelas de caballería, de las que le secaron el seso a nuestro don Quijote, y, de veras, me han encantado; he leído, por igual, las de los románticos, melosas y lacrimosas, y a veces me han impacientado un poco, pero no las he rechazado; todavía sondeo con cierta disciplina a los escritores de la «gran novela del siglo XIX», aquella que parece habernos marcado para siempre, y leo con placer y admiración a Dostoiévski, Tolstói, Flaubert, Pérez Galdós, Dickens y otros. Pero si alguno de mi época escribe con mucha seriedad, sin ninguna huella de ironía o de juego (y para mí lo lúdico es quizás el aspecto más importante en la ficción) un texto, modernizado, sin duda, pero con claras referencias a la batuta de Gertrudis Gómez de Avellaneda, de Balzac, Zola o, para centrarnos más en el Perú y en un tiempo más reciente, de Ciro Alegría, entonces empiezo a dudar de la integridad del texto, es decir, de su honesta integración al tiempo histórico que le corresponde en la escritura de la novela actual.

ZZ: *Ximena de dos Caminos* es a todas luces nuestro primer Bildungsroman femenino. ¿Te habían propuesto darle esa trama al inicio? ¿Puedes contarnos algo de su gestación y de su ejecución?

LR: La niñez me ha intrigado y atraído siempre. Me parece que los niños tienen el privilegio de mirar el mundo desde «otro» lado. Su perspectiva al enfocar cualquier asunto que les interesa, por lo general, tiene la frescura, la libertad de no haber sido todavía modelada, de todavía no estar fija por los mandamientos religiosos y sociales y, de ese modo puede situarse y observar con otra perspectiva que la de los mayores. No me refiero a la «inocencia» clásica que se le atribuye a la niñez. Al contrario, y sin negar que hay también inocencia, creo que todo es posible en la mente de un niño, que sin saberlo tienen la capacidad de ser poetas tanto en su visión de las cosas como en su lenguaje. Pero volviendo más directamente a tu pregunta, después de que la protagonista de *El truco de los ojos* había sido una chiquilla, los de la próxima novela que traje en manos por mucho tiempo eran jóvenes universitarios. Fue un proyecto que me sacó canas verdes y que nunca llegué a finalizar tal vez porque lo escribí pensando que así es como tenía que escribir sin tener en cuenta que así no *quaría* o no podía escribir. Para distraerme de esa frustración, decidí empezar un cuento que había estado aleteando en mi mente desde hacía años. Ese cuento fue *Los juguetes*, que ahora aparece como el primer capítulo o sección de *Ximena*... No lo escribí, ni remotamente, con miras de publicación. Fue más bien una especie de catarsis, de limpiarme, de olvidarme, mientras tramaba y recordaba buscando palabras y jugando con ellas, de la

novela que me estaba desquiciando. Cecilia Bustamente me pidió por entonces algo para publicar en su revista «Extramuros» y como tenía el cuento listo, se lo envié, sin creer que una prosa tan lenta y basada en algo tan sencillo y en una niña de pocos años interesara a los lectores. El cuento salió, al parecer, gustó y yo seguí intercalando mis horas entre la familia, las clases que daba, las exigencias de la universidad, la novela, que continuaba mareándome, y para ser feliz de vez en cuando, en otras aventuras de Ximena. Y te lo digo sinceramente, la idea de que el conjunto de cuentos llegara a una editorial y, menos aún, que se publicara, estaba lejísimo de mi pensamiento. Fui yo la más sorprendida cuando Germán Coronado, de PEISA, me dijo que la publicaría como novela apenas terminara de escribir las dos últimas secciones. Si la había llevado conmigo a Lima, incompleta (andaba por la mitad de *La costa*) era para no contrariar a mi marido y a una de mis hijas. A todo esto, habían pasado años ya desde *Los juguetes* y yo seguía sufriendo con la novela y divirtiéndome con Ximena, aunque, a la verdad, fuera de mis ocupaciones, que las tenía entonces y las tengo todavía, debo confesar que no soy nada disciplinada para escribir. Lo soy, mucho, en otros aspectos de mi vida, pero no en mis propios proyectos, y por lo tanto, hasta creo que una vez no me acerqué a Ximena en cosa de dos años. Vargas Llosa ha dicho que el talento del novelista es la perseverancia; yo, desafortunadamente, no la tengo, y Bryce Echenique, por su parte, igual que muchos otros escritores, dice que para él escribir es una necesidad. Mentiría si dijera que ése es mi caso. Por eso he admitido que no soy escritora, que soy solamente una mujer que escribe. En fin, trabajé con más ahínco en terminar las últimas páginas de Ximena porque ya me había comprometido con Germán Coronado.

Hace dos años pensé que había escrito todo lo que podía escribir sobre *La tentación de Miroslava Cupranovich*. En esta novela, como en la que me hizo sufrir por tantísimo tiempo, caí en la tentación, otra vez, de probar diferentes técnicas y de escribirla en fragmentos algo difíciles de relacionar entre sí en una primera lectura. No me quedaban dudas

de que necesitaba pulirla, pero fuera de algunas correcciones estilísticas, cuando leía este o aquel fragmento, no me parecía del todo mal, aunque seguía limando, repujando, tallando, cambiando uno que otro color en la trama de los sonidos. Hasta que me di cuenta de que tenía que poner de lado eso de jugar tanto con las palabras y que me era preciso leerla en su totalidad. En su totalidad me dejó inquieta, confusa, otra vez frustrada. Había algo falso en el juego y supe que tenía que buscar otra manera de inventar y contar los episodios que tantas veces mi madre me había contado y, seguramente inventado, de sus familiares y ancestros. Volví al principio, volví a comenzar, y aquí me tienes, disfrutando otra vez de escribir. Espero que el temor de Ricardo González Vigil no se haga realidad y que no llegue a Lima muy viejita y en silla de ruedas con el manuscrito ya completo.

ZZ: ¿Alguna manía de escritora? ¿A mano? ¿En ordenador?

LR: A veces me pongo a pensar y me asombra la diferencia que los avances tecnológicos han creado entre los escritores de hoy y los del siglo pasado. Imaginate lo que era escribir no sólo a mano, sino con pluma. Sé que hay unos cuantos escritores en nuestra época que hasta no hace muchos años componían su obra con papel y lapicero. Creo que la computadora los ha llevado poco a poco al teclado y al campo de la pantalla. Lo sé por experiencia propia. La computadora facilita enormemente la labor de escribir, en especial para los que, como yo, no podrían seguir en la misma página con un tachado o un borrón. Pero la computadora, casualmente porque nos ofrece el escribir más en menos tiempo, también tiene sus caídas. Muchos que no hubieran pensado en este oficio, escriben sobre sus experiencias, cualesquiera que éstas sean, y esperan ser publicados. A veces, desafortunadamente para los árboles de donde se saca el papel, resultan autores. Es el fenómeno de lo Milán Kundera llamó la «grafomanía actual.» Otras veces pienso también en que, por ejemplo aquí en los Estados Unidos, el público tiene fácil acceso a la novela de consumo puesto que siendo esa suerte de novela importantísima



No estoy ni remotamente al día con todo lo que sucede en la literatura peruana. Por una parte, hace tiempo que no voy con la suficiente frecuencia a Lima y, por otra, desde hace cinco años, por estar jubilada y vivir donde vivo, no tengo los recursos de las bibliotecas universitarias como los tenía antes. Sé, por lo que me llega vía el Internet y por lo que me cuentan colegas y amigos peruanos, que la gente publica, que se publica bastante a pesar de que la crisis económica es fuerte, el desempleo terrible y, en general, las condiciones de vida inestables. Sé de compañeras que mantienen dos trabajos y que le roban tiempo al tiempo para dedicarse a la pasión de escribir porque no sólo quieren o necesitan hacerlo sino porque existe la posibilidad que alguien publique sus obras. (Y aquí no se trata de la *grafomanía* mencionada, pues dudo que estos escritores piensen que van a tener un *best seller* y hacerse en poco tiempo ricos.) Me consta, además, que los tirajes de la novela (y siempre de la poesía) son muy módicos y que el precio de los libros, cualquier clase de libro, medido en comparación a lo que la mayoría gana (o no gana), dado al costo del papel, es exorbitante. Sin embargo, alguien, a su vez, estará leyendo porque las editoriales siguen publicando y si nadie comprara nada, se habrían ido a pique hace tiempo. Siempre me ha maravillado la resistencia del pueblo peruano, su capacidad de seguir adelante aún frente a obstáculos que parecen insuperables. Muchas de las llagas heredadas de la época de la colonia no se han cicatrizado, y a éstas, otras surgidas por la economía y malos gobiernos de nuestro tiempo se les han agregado. Aun para los que no intentan o no pueden escribir una literatura testimonial, la realidad histórica del país por fuerza se irá filtrando en su visión de lo que les rodea. Igualmente, nuestra sierra se ha vuelto a visitar con Edgardo Martínez Rivera y aspectos de nuestra historia con Miguel Gutiérrez, ambos con mucho éxito. Un país dividido como el nuestro, y no sólo geográficamente, requiere volver a mirar, a visitar. Asimismo, me alegra el ímpetu que ha cobrado la literatura de las mujeres desde los ochenta y también que los jóvenes, y algunos muy jóvenes, no desistan en darse a la ficción, ya que la ficción tiene su manera de comprender la historia. Aunque, por lo que sé, nada preconiza soluciones prontas a los duros problemas por los que atraviesa el Perú, siento mucho optimismo en cuanto a la literatura que se escribe en el país.

César Vallejo

Manuel Lasso

El pasado jueves 15 de abril, como aquel en que César Vallejo se fue desde su piso en París hace más de seis decenios, aniquilado por la fiebre sibilina que nadie pudo entender, rendí homenaje a su memoria, como quien pasa un bálsamo sobre su sufrimiento final, tratando de descifrar el poema:

XLVI de Trilce.

*La tarde cocinera se detiene
ante la mesa donde tú comiste:
y muerta de hambre tu memoria viene
sin probar ni agua de lo puro triste.
Más, como siempre, tu humildad se aviene
a que le brinden la bondad más triste.
Y no quieres gustar, que vez a quien viene
filialmente a la mesa en que comiste.
La tarde cocinera te suplica
y te llora en su delantal que aun sordido
nos empieza a querer de oírnos tanto.
Yo hago esfuerzos también, porque no hay
valor para servirse de estas aves.
Ah! que nos vamos a servir ya nada.*

Este poema aparentemente oscuro y enigmático, que desde su aparición ha sido interpretado de modos diversos, se puede comprender mejor y se nos puede revelar de una manera más sorprendente después de leer el valioso testimonio que nos dejó Juan Espejo Asturrizaga, su amigo personal, en el libro titulado *Vallejo: Itinerario del hombre*.

En ese manantial de información nos enteramos que en 1918, en los tiempos que todavía se enseñaba con la palmeta de la mano, Vallejo trataba como profesor de educación primaria en la escuela de Barros de la ciudad de Lima. En esa época, sediento por componerse con otras almas literarias ya había acudido a la Biblioteca Nacional para conocer al anciano Manuel González Prada, a quien encontró humedeciendo un dedo una copa de agua para adherir un sello de correos a su correspondencia. Con anterioridad Vallejo había visitado a José María Eguren en el balneario de Barranco. El poeta lo recibió muy afablemente y le mostró una colección de fotografías azules y pardas que había tomado con una cámara fotográfica de su invención a un soprano conocido y aun saltimbanqui de playa y que guardaba encoladas en un álbum de tapas de cuero.

Estaba por concluir la Primera Guerra Mundial, aquella conflagración de zanjas impregnadas de gases venenosos y rebosantes de combatientes caídos. Mientras que en Europa soldados alemanes y franceses corrían con fusiles en mano, de una trinchera a la otra, entre explosiones, cortando alambrados y esquivando las balas de las ametralladoras, en la ciudad de Lima, César Vallejo tenía que eludir las miradas ardientes que le enviaba una muchacha morocha y agraciada que se llamaba Otilia y que vivía en la calle Maravillas.

Rápidamente se convirtieron en amantes. Sobre ella existen varias

referencias en Trilce. El amoroso Vallejo solía sacarla a pasear los domingos por la tarde. Se iban platicando por la Bajada Santa Clara y al llegar a la esquina de la Escuela de Bellas Artes continuaban por la calle San Ildefonso. Vallejo avanzaba lentamente con un terno azul marino apretado, una camisa blanca de cuello almidonado, probablemente planchado por Otilia y una menuda corbata roja. Empuñaba un bastón con el que, posteriormente, se tomaría una fotografía apoyando en el mentón sobre una mano. A su lado iba ella con su mirada traviesa y con la cabeza cubierta por un sombrerito negro y redondo.

Después de pasar por el puente Balta se detenían en un lugar donde vendían comida. Casi muertos de hambre se sentaban a una mesa rústica y él dejaba el brillante bastón apoyado en la banca. La cocinera con su delantal, sin poder dejar de oír la conversación y las risas de los amantes, les servía un plato de arroz con pato, esas aves con culantro, exquisitez de la culinaria peruana, con piernas de ave toñidas de verde y adornadas con tiras rojas de pimentón. Mientras comían, Otilia escuchaba lo que Vallejo, con el ceño inevitablemente fruncido y con sus ojos tristes e indagantes, le decía.

Tiempo después, cuando el apasionado romance concluyó Otilia guardó sus prendas íntimas dentro de una maleta de cuero y se marchó para siempre en un tren que la llevó a su pueblo natal de San Mateo.

De nada le sirvieron a Vallejo, para amainar sus sufrimientos, las numerosas cartas que le envió ni la contemplación de las fotografías pardas que guardaba en ella. En un intento ritual de apaciguar el dolor causado por la ausencia de la amada, volvió a recorrer las mismas calles, a la misma hora del domingo, tratando de acordarse de las cosas que le había dicho, hasta llegar a sentarse triste y agotado, a la misma mesa de las suplicantes cocineras con delantal que volvían a servir el mismo plato de arroz con pato que había saboreado con Otilia. Fue así como en un intento desesperado de aliviar su nostalgia idílica como abrumado por la ausencia irremediable de la idolatrada, apoyando en un barandal del puente, con el arrugado de indo mocho, escribió el poema XLVI de Trilce. Volvámoslo a leer:

*La tarde cocinera se detiene
ante la mesa donde tú comiste:
y muerta de hambre tu memoria viene
sin probar ni agua de lo puro triste.
Más, como siempre, tu humildad se aviene
a que le brinden la bondad más triste.
Y no quieres gustar, que vez a quien viene
filialmente a la mesa en que comiste.
La tarde cocinera te suplica
y te llora en su delantal que aun sordido
nos empieza a querer de oírnos tanto.
Yo hago esfuerzos también, porque no hay
valor para servirse de estas aves.
Ah! que nos vamos a servir ya nada.*

Naokim

(Relato pedagógico)

Abel Montes de Oca

-Hija, mira el reloj. Felizmente es sábado...

-Sí mami. Me quedé dormida ¿Sabes por qué...?

-No hija. Cuéntame, porque a veces tienes ocurrencias que parecen ciertas.

-No dormí toda la noche. Naokim vino a visitarme y jugamos hasta cansarnos.

-¿Naokim? ¿Quién es?

-¿No sabes? ¿No has oído hablar de ella?

-No hija. Me sorprendes...

-Pues bien, te diré. Es una niña que ha venido no se de dónde y entre mis sueños estuvo aquí, parada, observando tímida desde la puerta de mi cuarto. Al principio me asusté. Me quedé muda. Luego, sentada sobre la cama recordé que alguien, me había contado de ella. Traté de recordar quién era, pero fue tanta la impresión que tuve, que me ganó la emoción.

Naokim vestía buzo y zapatillas rosadas. En la larga y hermosa cabellera negra, lucía un lindo listón, también rosado. Seguía ahí, parada sin dar un solo paso, ni pronunciar una sola palabra. Cuando la niña le sonrió, ella también lo hizo, ambos intercambiaron sonrisas. Seguidamente, le hizo señas con la mano para que se acerque y se sentara a su lado. Ahí es donde pudo ver su rostro hermoso, toda una muñeca, tal como le habían contado. Le quiso acariciar, pero se contuvo y se quedó con las ganas. En sus labios finos, dibujaba una sonrisa de amistad, de alegría y de felicidad. Sus ojos vivaces y profundos vigilaban debajo de sus largas pestañas; y sus cejas pobladas que iban de sion a sion, parecían interrogarla. En los lóbulos, tenía aretes diminutos que brillaban intermitentes como dos estrellas solitarias de la noche.

La niña se divirtió tanto, hasta cansarse. Aprendió nuevos juegos y canciones que nunca cantó. Luego, dejando a un lado la diversión, Naokim le habló de muchas cosas que no sabía, que no entendía o tenía dudas. Le contó de sus aventuras tiernas. De los viajes que hacía por el mundo de los sueños, de las visitas que había hecho a muchas niñas que vivían solas, tristes y eran sufridas; de aquellas que no tienen cariño, ni amparo; y, de las que se le hacía difícil el estudio.

Se quedó admirada escuchando cada palabra y comprendiendo su mensaje. Tenía la voz clara y melodiosa. Pronunciaba como si cantara y sonando como campanitas de cristal. Tenía una alegría contagiante. La niña se sintió muy feliz de haberla conocido y toda entusiasmada le dijo:

-Quisiera ser como tú.

-¿Qué te falta? Tienes todo...

-Sí. -le dijo la niña un poco avergonzada.

-Pero, no podrás ser como yo, porque soy un sueño, una imaginación, tu creación...

-Tú eres una niña y punto -Remarcó.

-Seré lo que digas, -dijo Naokim, poniendo énfasis en el todo de su voz- a su vez, le prometió estar presente para ayudarla en lo que no podía, porque sería su latir, su respirar y su aliento. Cuando estaba triste y abatida, ella la alegraría. Si veía caer una lágrima demás, la secaría antes que moje su rostro y alguien note que había llorado. Sería la flor del color y aroma que más le gusta; también mariposa multicolor o manantial claro para hacer relucir su rostro feliz. Sería viento suave, canto dulce, música tierna, los lápices de colores, su borrador, sus lapiceros, su regla y todo lo que esté inmerso en su mundo. Sería los segundos, minutos, horas y días de su diario trajinar. Después, le hizo recordar:

-Cuando quisieras hablar conmigo, fácilmente me ubicarás, no necesitarás buscarme, porque estaré escondida entre los hojas de tus cuadernos o libros, esperando impaciente lo abras para que escribas o leas. Ahí estaré y cada vez que lo hagas, alegremente y despacio me dirás: «Hola Naokim, ¿comenzamos el día?» - Si... - te diré en el oído- comencemos de una vez. Estaré contenta, animándote para que lo hagas.

-¿Quién eres realmente? ¿De dónde vienes?



Alberto Arias

Ella inmediatamente contestó:

-Tú sabes mi nombre.

-Sí... -contestó la niña con su voz entrecortada.

Luego añadió Naokim:

-No soy una santa, tampoco una diablita, peor una duende: sino, más bien -le dijo: soy una niña que camina por donde tú caminas, estoy en los pasos firmes que das, soy tu sombra que se agiganta o se encoge según la puesta del sol y la luna, estoy en tu mirada firme, tierna o inocente que dicen muchas cosas sin necesidad que hables. Soy las líneas que a veces trazas con dificultad; estoy en el dibujo que te esmeras crear y pintar; soy las letras que escribes con sumo cuidado, poniendo delicadeza en la caligrafía y ortografía para formar una canción o un verso de emoción.

Toda la noche pasaron en vela. La niña desesperada no quiso que amanezca para seguir conversando, pero las horas transcurrían. Conocía de todas las materias y se quedó sorprendida con su saber. Eso es lo que le encanta a la niña, no la dejaba de admirar, contemplar y comenta:

-Es una niña... una niña como yo. Mami, te imaginas a una niña sabiendo de todo, es increíble, ¿verdad...?

-Sí hija, por eso tienes que estudiar mucho.

Y cuando la niña le preguntó:

-¿Cómo es que sabes tanto? Ella sonriendo contestó:

-Nací sabiendo. ¿Qué te parece?

-Mentira. -dijo la niña, añadiendo: tú estudias, tienes muchos libros que leer y personas que te ayuden, por eso sabes...

Naokim inclinó su rostro y afirmó:

-Sí. Es verdad. Me dedico al estudio. Nadie nace sabiendo. Todo se consigue con dedicación. Por eso, hay que estudiar, también divertirse; ser buena y sincera.

Les faltó tiempo para seguir conversando. Cuando pudo llegar la aurora, se despidieron.

-Nunca me olvides. -acotó Naokim.

-Nunca... -contestó la niña y la abrazó con más fuerza todavía.

Aún

Para mí, el amor ha muerto... mi soledad es tan grande, -dijo- que si quieres hacerme el amor sólo conseguirás una sexhumación.

No -le dije- tienes en la mirada una célula madre, que te hace perfectamente clonable a la felicidad.

Jesús Vega Priolo

Algemiro Pérez Contreras

Era un chalet provinciano de arquitectura mestiza, paredes de adobe enlucidas con calicanto, pintadas con ocres rojos y rosados intensos. Estaba ubicada en el Jr. Galvez y Sucre haciendo una esquina que alegraba el corazón, era un refugio seguro de Zorzales y pichuzas. Hacia la calle, bordeando el filo de las veredas, un parapeto de ladrillos dispuestos en cruz, contenían el jardín donde crecían la Madre-solva, los Geranios y los Rosales, que servían de perfumado marco al vestíbulo. El pequeño corredor estaba decorado con macetas de Violetas, espigas de "Dolor de Cristo", pequeños arbustos de Malvarosas, matas de Claveles, Clavelinas, Zarcillos y Lágrimas de Rocío. Esas plantas sencillas eran los habitantes que hacían la alegría de la casa, modestos lujos bucólicos donde se conjugaban los espacios con "perezosas" hechas de madera rústica y tejidas con los tallos flexibles de la totora extraída de los ríos.

Al interior de la casa, detrás de una mampara de misterioso cristal, estantes de libros en fila, ordenados como para iniciar una marcha hacia la lectura infinita. Sobre sus tejados, siempre inclinada la cruz de hojalata que se pone para proteger la casa de los malos espíritus y haciendo un conjunto más allá de lo real, las palomas bordaban en el cielo los encajes de nubes y azul celeste.

Así vivía Algemi-ro Pérez Contreras. Acompañado por sus hermanos y su madre, que era una modesta vendedora de dulces: rosquitas, pan de maíz y alfajores de fantasía que ella misma preparaba en el horno artesanal de la casa. Tenía fama de hacer los mejores tamales de Jauja.

El poeta Algemi-ro era alegre, ocu-rrente, hábil y enamorado. Siempre atildado y elegante. Varias veces lo sorprendí enfrascado en alegres conversaciones con las adolescentes más bonitas de las familias pudientes de Jauja. Solía aprovechar las circunstancias; les llevaba la cuenta de los puntajes en los partidos de voley, leía sus poemas en el auditorio del colegio de señoritas, deleitando a grandes y chicos, donde con voz imponente hablaba del frondoso, amplio y horizontal Valle del Mantaro.

La palabra iba rodando, los caminos se llenaban con su verbo, con imágenes de estanques y pilluelos, de personajes que montaban sus caballos evadiendo vehículos motorizados y paisanos que hacían prosa con sus flamantes bicicletas, un aristocrático pasear de colliers llamando la atención de un pueblo amante de los perros. Este sentido de vida encantada también se daba con intensidad en sus poemas y cantaba al amor, a su solidaridad con los hombres libres, tratando de ser exacto como su palabra.

Era maestro de aula y muy acicalado llevaba su único terno beige, su corbata azul marino, sus lentes de montura, los zapatos relucientes por el lustre; bien peinado y perfumado de jacintos y azahar. Pero mucho más se lucía su verso, y la pasión que surgía cuando hablaba de Homero, Machado, Hernández, Alberti, Moreno Jimenez, Sologuren, Delgado, hablaba con propiedad de Manuel Velásquez Rojas; como quien comenta las charlas de la vida de los amigos. Algemi-ro vivía su poesía. Era un activo integrante del grupo de poetas obreros "Primero de Mayo" y llegó a publicar "Herida Innegable" (1957) y "Biografía de Amor" (1958). Póstumamente, en 1988 Manuel Baquerizo le publicó seis poemas del inédito "Andinelas".

Un día de esos, cuando yo estaba por el puente, el sitio obligado donde pasaban los buses, vi a al poeta correr, y al subir al carro, dejó al descubierto sus calcetines remendados con parches obtenidos de otros calcetines, proclamando su pobreza. Me sorprendió el hecho, pero supe que la poesía trascendía la tragedia de la vida y se volvía en un acto de dioses.

En 1967 en mi época de "papa primeriza" junto a otros artistas coterráneos, Dimas, Gerardo y Hugo fundamos «Xauxal Artes Y Letras» elogiamos y reivindicamos a Algemi-ro Pérez Contreras, poco después trágicamente en 1970, falleció en un accidente de tránsito, en Octos, acompañando a los alumnos en el interminable viaje al más allá.

Sergio Castillo Falconi

I

*La noche se quedó
en tus ojos
la tarde que nos fuimos
cogidos de las almas
al borde de las rosas
y de las pálidas gardenias.*

*Aquella tarde la noche
me sorprendió dormido
mientras hacías
monumentos de agua dulce
a mis orillas.*

*Al despertar me perdí
sin descubrir más días.*

*Desde entonces me quito
las estrellas
de encima y no termino de estrujarlas
porque tú me buscas
en todas las cosas que dejé de ser*

*Pero algún día
en un espejo has de llegar
a esta felicidad
que estoy labrando.*

II

*Y ahora estás
más allá de mí sino
y de todos mis olvidos
resplandeciente
hiriéndome
en el tiempo y la memoria*

*Y ahora estás
inmensa
inexorable
eterna
como un haz de luz
que corona sus miradas
con la herida innegable
sobre el alma.*

III

*Mis ojos no saben sino clavar
tristezas en los cielos,
quedarse en Setiembre
y mirar tus dieciocho años,
en tanto tú,
caminas de la sonrisa al mar,
de la alegría al viento,
y siempre estás mañana,
estás nunca, estas sencillamente;
pero hay veces, Nadil,
-y tú lo ignoras-
se me añoran las cosas
y soy feliz
al descubrirte en la palabra.*

IV

*Me estoy perdiendo en tus pupilas.
Estás venciendo mi destino.
No nací yo para amarte,
Crecí en manos
del dolor y la miseria alegres.
Contento voy
con mi tristeza fiel;
feliz
en la amargura de mi alma.
Ha sufrido tanto.
Amo mi dolor.
En la insondable oscuridad
de tu mirada
veo mil senderos rojos,
no sé cuál de ellos tomar,
no sé cuál conduce a las raíces
de tu ser interno.
¡Oh amada,
abre a mí tu corazón!
En tu inmensidad tu voz se pierde.
Estás venciendo mi destino.*

VIII

*La tarde
En tus ojos;
En tus cabellos, la noche,
La mañana, en tu sonrisa.
Todo mi día eres tú.
En las mañanas de invierno,
ay, tu sonrisa mojada,
cómo humedece mi vida
y algo más de ti.*

IX

*En el alma de las brisas
en las flores de mis años
en el agua de mis días
tu imagen nace
En la melodía del alba
en los versos que te escribo
en cuartetos de color
toda tu imagen
En el conit desbordante
en la claridad dormida
en el disco que nos mira
tu imagen crece
En las letras de tu nombre
como un fanal abecedario
en mis labios implorantes
toda tu imagen.
En mi mente despejada
en mi corazón tu reino
en mis ojos que te adoran
tu imagen vive
En el fondo de mí mismo
al sostén de mí mismo
señora sobre mí
¡siempre tu imagen!*

VI

*¿Qué es tu rostro, corazón?
-Una fuente de agua viva
y nada más.
¿Qué son tus ojos, corazón?
-Das burbujas que afloran de mi seno
cuando hundes la mirada
y nada más.
¿Que con tus labios, corazón?
-Tres ondas que aparecen y se pierden
cuando aumentas mi caudal,
ondas que besan el reflejo de tus labios
y algo más.*

VII

*Toda tu inmensidad
me cubre.
Tu ser y el mío:
un candil para la vida.
Si no fuera tu cristal,
mi mortecino fuego
jamás
llegaría a Dios.
Toda tu inmensidad
me cubre.
¡Qué felicidad
iluminarte el alma!*

VIII

*La tarde
En tus ojos;
En tus cabellos, la noche,
La mañana, en tu sonrisa.
Todo mi día eres tú.
En las mañanas de invierno,
ay, tu sonrisa mojada,
cómo humedece mi vida
y algo más de ti.*

IX

*En el alma de las brisas
en las flores de mis años
en el agua de mis días
tu imagen nace
En la melodía del alba
en los versos que te escribo
en cuartetos de color
toda tu imagen
En el conit desbordante
en la claridad dormida
en el disco que nos mira
tu imagen crece
En las letras de tu nombre
como un fanal abecedario
en mis labios implorantes
toda tu imagen.
En mi mente despejada
en mi corazón tu reino
en mis ojos que te adoran
tu imagen vive
En el fondo de mí mismo
al sostén de mí mismo
señora sobre mí
¡siempre tu imagen!*

X

Estoy en todo lo que existe,
amor, de amor hablando.
Estoy en todo lo que miras.
En todo lo que tocas
Tu mano me da en el corazón.
Amame en el agua, hilacha de cielo;
ámame en la luz, hilacha de fuego;
ámame en el viento, musical hilacha.
Estoy en todo lo que amas.
En todo lo que tocas
tu mano me da en el corazón.
En todo lo tocado
mi corazón tu nombre escribe.

XI

De ti parten las estrellas
de mis noches sin retorno.
De ti el día, la visión perfecta;
el vuelo de las nubes, la forma del amor.
De ti los cielos bautismales
y la fuerza del encanto, y cual reguero
de mis ansias; el grito de la sangre.
De ti la fuente de mis ojos, la imagen
de mi voz, clara y como tú: total.
De ti la longitud del sueño, el aire,
la sonrisa, esta feliz locura
y mi razón de ser.
Todo nace en ti, Nadir;
adoro lo que hay en ti,
porque en ti todo me llama,
todo en ti me incita a amor.
Todo en ti.
Todo en ti.

XII

Tu voz cuando abres el silencio
a veces toma las formas de tu cuerpo.
En ese instante te enamora el viento.
Mi amor nace volando
Todo gira en torno a tus labios.
Tú misma ya no existes al hablar.
Amo tu voz vistiéndose de tiempo.

XIII

Estoy muriendo un poco más
que de costumbre.
esta noche
tan noche sin la amada.
Ahora que repaso su recuerdo
y siéntola perdida entre mis libros,
donde a diario dibujo su imagen colegiala,
estoy muriendo y no me quejo.
Que conste. No me quejo.
Simplente muero y la recuerdo.
Esta noche
más noche sin sus ojos,
(no olviden)
estoy muriendo un poco más
que de costumbre

XIV

Llegué a ti
cuando tú no estabas.
Abrí la puerta de tu alma;
entró mi corazón, y la seguí.
Yacía tu temura
dormida en un rincón celeste.
Todo en mí
se enterneció al verla.
En tu estancia enamorada
nos perdimos.

XV

Estaba dibujando tu rostro
del tamaño del cielo.
Sembrando estrellas en tus manos.
Haciéndote cada vez universal.
Esa mañana despertarte
envuelta en girasoles.
Así empezamos a deshojar
la luz de nuestros días

XVI

Tu amor iba delante de tu cuerpo
Yo tropecé con tu amor
en la esquina de mi voz.
Me recogí pálida y nerviosamente
y una tímida sonrisa
se graficó en su rostro;
pero cuando tú llegaste;
él se fue veloz,
atravesando lirios
y deshojando vientos.

XVII

Me iré mirándote los ojos.
Cuando de espaldas me marche
hacia la noche,
irremediamente solo
me iré llevándome tus ojos.
Conducirás mis pasos cubiertos
de silencio y en un instante casi eterno,
volveré con la alegría perdida de mis
contados años, trayendo a la muerte
en pedacitos negros para jugar contigo.
Me iré mirándote los ojos,
ojanoo en u
mi partida hecho regreso.

XVIII

De puerta en puerta voy
buscando
con mis manos desnudas al amor.
De rostro en faz
deseando con mis ojos al amor
buscando voy.
¿En qué escudo o bandera,
en qué árbol o cofre,
en qué pájaro azul,
en qué cielo de fe,
en qué luna partida,
en qué trozo de humanidad
habitará
el amor, amor?

XIX

Tengo mis ojos clavados en el suelo.
Una niña en cada piedra de las calles.
Veo tus plantas cuando pasas
y siento que pie es más débil cuando pisas.
Tengo mis ojos clavados en el suelo.
Siempre alzado a la bondad caída.
Siempre deseando recogerme en tu
pisada.
Siempre buscando amor bajo tu polvo.
Tengo mis ojos clavados en el suelo.
Para sentir el dolor de la miseria.
Para vivir con todo lo arrastrado.
Para evitar que la muerte no se eleve.

XX

A mi corazón llegaban todos
sin hacerle daño.
Vestíame de fiesta.
Como un niño de dicha
en mi alma correteaba.
Un día llegaste tú.
Empezó a dolerme el alfabeto.
La alegría comenzó a faltarme.
Algo muy tierno se me fue ausentando.
Desde entonces estoy lejos
de mi mismo.
Rehaciendo mi destino.
Buscándome de nuevo.
Sobre mis ojos camino por tu rostro;
no hay en ti
sonrisas que me sirva de posada.
Sin embargo,
presiento que alguna vez,
como una caricia universal,
he de dormirme
en algún recodo de tu cuerpo.

XXI

A orillas de una tarde
me encontrará contigo.
Vendrás en los ojos
primeros de la noche,
cuando en mi mundo
cesen los dolores
y todo mi yo te espere,
alta esperanza.
El aire nos estará mirando
como único testigo
y de mañana envidiará
mis labios
dormidos en los tuyos.
Se esconderá bajo la fuente
donde ahogare mi pena
destilando mi tristeza.
Nuestro encuentro será del fin.

XXII

Tú no sabes que yo te amo,
ni yo sé cómo serás.
Si has de venir a flor de vientos
o en mi espera nacerás.
Yo no sé
de tus cielos o tus nievas,
de tu cuerpo o tus montañas
ni siquiera de tu espejo.
Sólo sé que te vivo,
que camino con tus pasos,
escribo sin mis manos,
respiran cuando hablo
y al cantar te escucho en mí.
Tú no sabes que yo te amo,
ni yo sé cómo serás.

XXIII

Toda mi juventud la llevas tú.
Toda mi juventud va contigo.
Hermosamente me transportas
De la nada a la más nada y te bendigo,
mensajera, adorable mensajera.
Toda mi juventud es un mensaje.
En tus ojos hablo lo que callo
con mirarte. En tus ojos
abro el día y parto la mañana.
Un pedazo de futuro
me basta para amarla.
Toda las tardes con tus ojos,
rómpeles si quieres,
pero no me llames.
A otros mundos me voy
sobre tus ojos,
mensajera, adorable mensajera.

El neindigenismo literario en la narrativa de Eleodoro Vargas Vicuña

Marcial Molina Richter

El Neindigenismo de Eleodoro Vargas Vicuña

Inevitablemente en toda crítica o enjuiciamiento literario, por su mismo carácter social, es preciso situarse -aunque sea brevemente- dentro de los condicionamientos espacio-temporal de nuestra sociedad, también conlleva precisar el prisma desde el cual se sustenta, para garantizar coherencia y orientación a la crítica.

Afirmamos que uno de los signos del mundo contemporáneo es la modernidad expresada en el cambio. Pues bien, ¿caso la literatura peruana actual, como reflejo de esa globalización mundial, no ha entrado en conflicto con la modernidad? ¿Por qué entonces en los círculos mundiales, se habla de Literatura y modernidad? Qué significa entonces el ataque furibundo de Mario Vargas Llosa, el escritor español nacido en el Perú, cuando el enfoque de la literatura nacional es violentada con su ensayo *Utopía Arcaica en los Andes*, donde pretende evaluar a José María Arguedas? ¿Por qué lejos de seguir valorando a nuestros clásicos de la novelística peruana, se impulsa, se difunde, se lleva al cine y se publicita por todos los medios lo que se llama la Literatura Light, de esa literatura devaluada, intrascendente del tipo *No se lo digas a nadie* o *La Señita*? ¿No será que esta literatura sirve mejor a los requerimientos del neoliberalismo en el arte?

Ubicamos ya en el espacio y tiempo, nuestro enfoque que se nutre de la vigencia de la concepción científica de la teoría literaria, del carácter y naturaleza así como de los principios fundamentales sobre el arte y la literatura entendida como una forma de conciencia social.

El Indigenismo

El crítico peruano, Antonio Cornejo Polar, en su artículo *Literatura Peruana y Tradición Indígena*, afirmaba que hacia los años 20 y 30 de este siglo, la acción y el pensamiento indigenista adquieren su máxima consistencia y su mayor beligerancia.

El indigenismo en esencia, es un movimiento integral que comprende el aspecto ideológico, socioeconómico, político, cultural, artístico... que preconiza la reivindicación del indígena peruano. En el terreno literario, busca reflejar, con mucho acercamiento, la realidad material y espiritual del hombre del mundo andino, y alcanza su máxima valoración literaria cuando ingresa como hombre del mundo andino, como hombre de carne y hueso, como protagonista de su propia gesta, con un conjunto de valores, sentimientos solidarios y una sabiduría popular y tradicional. Alegría y Arguedas se yerguen como sus más notables representantes. Si Alegría mostró el verdadero rostro del hombre andino, José María Arguedas reveló su mundo interior, lleno de riqueza espiritual.

El Neindigenismo peruano

El fenómeno de migración de los hombres de las regiones andinas hacia las grandes urbes, por la agudización de problemas sociales e inclemencias naturales como la sequía, a partir más o menos de la década del cuarenta. Este fenómeno propició la

modificación de la fisonomía de las literaturas urbanas, a las que se les dio el nombre de neorealismo. Hubo enriquecimientos en la temática y en aspectos técnicos como consecuencia de las influencias de escritores como Joyce, Proust, Faulkner, Hemingway y otros que tuvieron su repercusión en el llamado **Boom literario**. En el Perú surgen escritores de la talla de **Enrique Cóngrains, Julio Ramón Ribeyro, Oswaldo Reynoso, Mario Vargas Llosa** y otros.

En la literatura no urbana, y básicamente agraria, también se dieron cambios. El indigenismo había llegado a su máxima expresión en la Literatura. Nuestros narradores evolucionaron hacia un estadio superior y vieron con mucho agrado que el tema del indígena andino era posible enfocarlo desde una nueva perspectiva superando los enfoques del indigenismo tradicional. A esta nueva visión se le dio por llamarse como neindigenismo que tiene las siguientes características:

Los motivos temáticos del cuento, se enriquecen



Alberto Arias

con la inclusión prioritaria del aspecto lírico, es el caso de Eduardo Zavaleta y Eleodoro Vargas Vicuña. Luego, lo social se convierte en fuente temático. Es decir las nuevas situaciones sociales modificadas como consecuencia del desarrollo de la realidad andina. Los nuevos conflictos sociales, que sirven de sustento

temático de la nueva literatura andina, se internalizan incluyendo las costumbres, creencias y la tradición oral.

En este sentido, el mundo mágico religioso andino, se funde con las innovaciones técnicas. En la literatura, los escritores las asimilan con bastante soltura, de modo que las técnicas de la segunda persona, el monólogo interior y sus variantes, en general de la perspectiva múltiple, son asimiladas y aplicadas a contenidos de la literatura andina, constituyéndose en el neindigenismo. Las rupturas narrativas, así como las temporales y espaciales, con uso de *racontos* y nuevas técnicas como la *Caja china*, el *Flash back* no son novedades para estos escritores. Las particularidades lingüísticas regionales, la oralidad en particular, se eleva a un plano literario superior como una reivindicación del habla popular.

Por consiguiente, el neindigenismo, no sólo muestra las condiciones precarias económicas, sociales o culturales del indígena, sino plantea una perspectiva futurista de un cambio de su condición marginal.

La nueva visión con autonomía estética y temática del neindigenismo, tienen como precursores a Eleodoro Vargas Vicuña y Carlos Eduardo Zavaleta. Ambos provincianos con un manejo simbólico. Aún el problema social no aparece en su verdadera dimensión porque pertenecen a otras situaciones y otros condicionamientos históricos, que serán tratados con posterioridad ellos son Hildebrando Pérez Huananca (*Los legítimos*) Óscar Colchado Lucio (*Rosa Cuchillo*), Julián Pérez (*Fuego y Ocaso*), entre otros.

En 1953 un joven escritor, Eleodoro Vargas Vicuña, publicó un pequeño volumen de relatos con los que sorprendió a la crítica con un estilo que no obstante su índole coloquial entrañaba una enorme ternura, un sentimiento de panteísta, un amor al hombre y a la naturaleza. En este primer libro denominado *Nahuin*, ofrecía una nueva versión del Perú Andino.

Lo novedoso de este talentoso escritor radicaba en la forma cómo desarrollaba temáticamente el cuento. El enfoque era novedoso, sorprendía en grande el lenguaje elaborado poéticamente y se percibía una nueva visión de la configuración del hombre andino en la que se combinaba lo mágico y lo realista.

El poeta y crítico Washington Delgado corrobora con nuestra afirmación cuando señala: "a pesar de su brevedad, la obra narrativa de Eleodoro Vargas vicuña tiene un lugar importante en el cuadro de la narrativa peruana contemporánea. En primer lugar, porque esa obra, impregnada de una subyugante intensidad poética que carga de sentido cada cuento o relato, cada párrafo, cada frase y aún cada palabra suya. En tal sentido, la obra de Vargas Vicuña, tiene un significado preciso en el desarrollo histórico de un segmento importante de la Literatura Peruana: el movimiento indigenista".

La estructura su universo narrativo y se caracteriza por su brevedad pero deja una estela de gran profundidad y una presencia multisémica enriquecedora.

Esto fue posible porque Eleodoro Vargas Vicuña se inició como poeta. Fue un gran poeta y como tal en su producción narrativa también se impregna con esta notable cualidad. Por la década del 70 y un poco antes, corría una especie de incertidumbre respecto al lugar de nacimiento de Vargas Vicuña. Por ejemplo en la edición de su segundo libro de cuentos, se dice que nació en Arequipa en 1924. Era un poco difícil de afirmar tal aseveración por cuanto el hábito de la nueva visión andina de sus cuentos nos insinuaba a pensar que era un hombre que había bebido íntegramente desde su infancia la savia andina.

Posteriormente gracias al esfuerzo del gran novelista peruano Manuel Scorza se publica la colección de cuentos agrupados con el título de *Taita Cristo*, en el que se evidenció los rasgos definitorios del neindigenismo, expresadas en su nueva visión temática, despojada de pintoresquismo y atento a la hondura espiritual del hombre andino; Tiene una estructura narrativa, breve, contundente, cargado de un lenguaje arropado de bello lirismo y en la trascendencia de la expresión postergada del indígena, hacia una visión integral tanto en la temática, cuanto en la autonomía estética, rasgos con los que se demuestra la madurez literaria de Vargas Vicuña.

Para Washington Delgado, Vargas Vicuña "representa un intento de renovación, de revivificación de la narrativa agraria y provinciana. Diferente de *Alegria y Arguedas por lo que no le preocupa lo épico si no la estampa lírica y personal. Su obra desenvuelve un espíritu limpio y rumoroso mediante el manejo de un lenguaje sumamente poético, construido a base de expresiones coloquiales que se adelgazan y sutilizan para constituir una atmósfera inferior de extraordinaria densidad*".

En General la obra de Vargas Vicuña que es relativamente breve, es una innovación de la narrativa peruana orientada hacia el ingreso al neoliberalismo, especialmente con sus innovaciones, por su nuevo enfoque temático del universo andino, el empleo de las técnicas literarias modernas, la estructura breve pero intensa del discurso narrativo, y sobre todo el manejo lingüístico teñido de hermosura poética. Es una universalización de la imagen del hombre indígena y su consagración de un hombre lleno de virtudes que ingresará al mundo de la modernidad, con su cultura, su pensamiento y sus ideales, que serán tratados con mayor énfasis en los narradores posteriores a Vargas Vicuña con los que se consolidará la real dimensión del neindigenismo.

Vargas Vicuña es imprescindible en toda antología narrativa peruana, en cualquier estudio de la literatura nacional, porque es una especie de Rulfo peruano. Su obra en general está teñida de una subyugante intensidad poética y un maravilloso mundo mágico, donde al decir de W. Delgado "La obra de narrativa de Eleodoro Vargas Vicuña conjuga la creación poética intensa y personalísima con la trágica vida y el habla singular del campesinado peruano, olvidado en sus agrestes serranías y también en las más viejas raíces de la humanidad, con los mitos primordiales de la vida y la muerte. Vemos algunos ejemplos de esa calidad poética y el maravilloso mundo mágico

Calidad Poética

"No puedo oír mi voz. Todo estaba en silencio como corazón de muerto. De ese silencio salió una cara. Abierta una risa candelosa, que venía, y no acababa de llegar... No miraba. Parecían mis ojos al revés buscándome dentro. Cerraba los ojos y allí estaba. Abría los ojos y ahí estaba *¿Atravesándome!*" (*Nahuín: En tiempo de los Milagros* Pág. 34).

"De su ataúd a mis ojos. De mis ojos a otros ojos. De ojos a ojos. Nos enredábamos pupila y corazón de buscarla. (*Nahuín: El traslado*. Pág. 54).

"Aai, en el mes de los santificados, cuando se detienen ojos que miran el altar, y encuentran al Señor mucho más verdadero que el resto del año. Se le mira y comprende: Un hombre, con esos ojos, que ha de sufrir. Y las heridas que no son para tanto, sino ese caerse de la cabeza, el pecho hundido y el cuerpo cansado vendiéndose. Es un indagar a lo alto como si se buscara la razón de algo que se desconoce. Es un duda..." (*Taita Cristo*. Pág. 85).

Maravilloso mundo mágico

El mechero daba duda. Su luz de candela, negra parecía. Palpé mi cara: dura como la del Opa Pancho. Zonzo estaba..." (*El traslado*. Pág. 44).

Quando lo vuelvan a cerrar el ataúd dice: Con sombra que cerraba, con agua bendita, con flores con nuestro cariño, la cubrimos nuevamente. Sentíamos la tarde como un gran sepulcro en donde penábamos" (id. Pág. 44).

"Esther contaba en la merienda:

MI CASA

Víctor Ladera Prieto

El gesto de un misterioso silencio
vigila el alto sueño de eucaliptos
cuyas desordenadas ramas acarician
los tejados
y paredes
del añejo cuerpo de mi hogar de sol.

Aquí se cobijó durante mucho tiempo
un amor sin limitaciones biológicas.

Sobre el vientre de perfumada yerba
danzan floreadas sombras del ayer.
Ellas
me arrastran a contemplar el camino
que está tirado al pie de esta casa
esperándome como un can molvidable.

Por aquí
pasó
y repasó
y se detuvo la floración del tiempo

Oh, comunidad de altas pasiones
destructora de óxulos celestiales.

Mi casa
candeante refugio de recuerdos
solemnidad de torturados hombres.
Bajo el muro donde mi niñez se alzó
un patio mudo vive repleto de sueños.
y allí una sinfonía de voces nombran
al que engendró el fuego de mis días
clarificando
está prolongada y militante oscuridad.



Jesus Raymundo

La soledad de Antonio Muñoz Monge

Nicolas Matayoshi

No es posible intentar definir a Antonio Muñoz Monge, el autor de los relatos «Nos estamos quedando solos» y «El gallinero», sin considerar los ejes de sus preocupaciones permanentes, esto nos llevaría a una visión frívola, sin la sangre que mana del corazón que late, siente y se apasiona.

Antonio Muñoz es de esa rara estirpe de quijotes que recorren las venas de la patria recogiendo el aliento pristino del alma popular. Desde las revistas «Coliseo», «Festival» y «Canto Vivo», pasando por sus libros «Folklore Peruano: Danzas y Canto» (1981), y sus libros de relatos *Abrigo de Esperanzas* (1981), *El Patio de la otra casa* (1982) y *Nos estamos quedando solos* (1988).

El autor confiesa que le estimulan los actos solidarios, la lucha diaria de millones de gentes y los actos de las buenas personas. El mismo declara que se encuentra en una eterna y frustrada búsqueda de la identidad cultural andina.

Por eso, escribe sus sentimientos y pareceres, sus demonios interiores y sus ángeles protectores: Su vida, tal como la concibe, es emoción y pasión en medio de un mundo donde importa afirmar y reafirmar la cultura y la identidad compartida con la patria chica: el lar amado, solidarizándose con las gentes que habitan en él.

Maynor Freyre escribió alguna vez que: «Ingresar a la narrativa de Antonio Muñoz Monge es llenarse de una contagiosa nostalgia, es hacerse cómplice del derrumbamiento de viejos sueños, de irreparables pérdidas. Es arribar desconsoladamente a la desolación inesperada de algo que llenó de esperanzas nuestras vidas.»

En el cuento *Cómo va la Guerra*, dice el autor:

«El doctor Quintanilla, luce asperventoso, leontina de oro que le cruza el amplio vientre engarzando un redondo y pesado reloj Longines que descansa en el bolsillo del chaleco...» (p. 80), es el mismo doctor Quintanilla que en el cuento

«Nos estamos quedando solos» nos vuelve a contar: «...el doctor Quintanilla tomaba entre sus manos su antiguo reloj Longines para ver la hora y luego guardarlo como a un recién nacido en el bolsillo de su chaleco...» (p. 9)

Muñoz, en pleno dominio de su escenario literario, grafica un mundo extrañamente cercano a la vivencia de muchos provincianos andinos, cuenta: «Cruzaba entonces la tediosa plaza del pueblo adornada con una pila seca, construida e inaugurada con tanto orgullo, que ahora debe pensarse como una feula de fierros y azulejos, tirada al descuido del tiempo y las gentes.» Qué familiar imagen: las pomposas obras en las plazas de los pueblos y los olvidos posteriores, tantos afanes para que las cosas se envejecen por la desidia y el abandono, y terminen arruinándose al desgalle de los tiempos.

Abandono, soledad, camino, son los ejes temáticos de Muñoz, sus relatos se dinamizan en torno a un universo verbal donde predomina la movilidad de sus personajes en un constante ir y venir el predominio de verbos que denotan movimiento impregnan esa sensación de migración constante: andar, esperar, detener, llegar, viajar, cruzar, seguir, correr, escapar, atravesar, etc. marcan el ritmo del movimiento narrativo de los cuatro relatos. También son comunes frases que descubren el abandono y la soledad como:

En *Cómo va la guerra* encontramos diversas metáforas que describen las consecuencias del lento proceso de despoblamiento de los poblados del interior del país, provocado por el desarrollo de una economía de libre mercado, urbano y centralista: «... en su arruinada casaca de la esquina de la plaza...», «...tirada al descuido del tiempo y las gentes...», «Solitario, sentado al pie del fogón de la cocina...», «...y volvió a su estado de abandono...», «envejeció enclimado...», «... recordando su encierro de abandono y luto...», «... como adivinando sus perdidos pares por el pueblo...»

El patético abandono del lar se va traduciendo en un proceso imparable de soledad y abandono. En *Killincho* el autor describe: «una herrumbrada pila ornamental seca...», «...El descascarado portón verde...», «La tarde se blanquea lánguida en el patio, como un retazo de cementerio de pueblo...», «Solitario, un gorrion lleva pequeñas lombrices...», «Tu y él solos, en ese segundo exacto, en el corral de esta abandonada casa de Coracora...», «...Con una sensación de abandono, juego con mis recuerdos...», «rincón abandonado del corral...»

Es una profunda soledad que se viste de nostalgia agónica, en *Nos quedamos solos*, el autor escribe: «...el viejo tiempo detenido en los anaqueles de la farmacia...», «Socracha Barrientos con su vieja guitarra y sus botellas de caña, olvidado en un viejo rincón de su cuarto...», «...en el atrio solitario jugaba un remolino de tierra...», «En toda la plaza a la redonda no había nadie...», «El pueblo estaba vacío...», etc.

Los mismos sentimientos se encuentran en el relato *El Gallinero*: «Alcira, la niña grande de la casa aprendió a llorar de amor en la total desesperación de su soledad...», y remata categóricamente: «Todo el pequeño pueblo

duerme en una oscuridad lóbrega, retinta cuando ella abre su ventana para verse como en un espejo en esa oscuridad y conversa alegre con él, su amado, entregándole las rosas y claveles marchitos del olvido.»

El mismo Muñoz explica sus motivaciones en una entrevista sostenida con otro poeta coterráneo suyo, Carlos Zúñiga Segura:

«Escribo para estar menos solo...», «Uno escribe contra la propia soledad y la soledad de los otros...», porque, afirma: «Habito mi soledad sin problemas. La necesito, no me incomoda...» *Leal a su palabra, hemos visto uno de los vértices de su producción literaria.*

Por otro lado, el autor, impregnado de un paisaje humano que reconoce como propio, describe con mucha precisión el mundo andino del que procede, en *Cómo va la guerra* pinta el siguiente paisaje: «...se distrae viendo el corroteo de los cuyes por el piso de tierra regado de pasto y alfalfa...»

En *Killincho* nos describe: «...la manera de acercarse escondiéndose entre los cercos, perdiéndose entre los sombríos altos del malzal, del culantrillo...», «El Killincho se espulga feliz, parado sobre el maguay...», «Hace un rato he almorzado en el mercado, en la pensión de doña Yrini, sobre la mesa larga de hula viejo, de rancias oloras...», «El vecino de mi asiento al notar mi interés por el ave, me explica: Está por pasar un pejarito o un ratón, apenas lo diviso se lanza sobre su presa. Otros, cuando se sientan viejos o enfermos, se dejan caer, en plomada para estrellarse en los peñascos de los ebismos. Ellos también tienen su orgullo.»

Frases emblemáticas, que sólo se acceden a ellas después de una larga convivencia con el espíritu popular. Esta cartese se continúa mostrando, cuando nos cuenta el lento proceso migratorio hacia las ciudades y el despoblamiento de los poblados rurales, en el relato *Nos estamos quedando solos* cuenta el autor que: «El pueblo estaba vacío, las casas cerradas con grandes candados, todos se habían ido de Pampar.» Y Zúñiga Segura, explica que: «...la mayoría de los escritores tayacajinos (y por extensión a muchos otros habitantes de la provincia) Emigraron a otras ciudades ante la carencia de un centro de estudios superiores para su realización profesional: a esta carencia se suma estéril, la falta de un centro cultural, grupo o movimiento literario... al que podríamos añadir, las limitantes de tipo económico y la estructura social gamonalista que también se refleja en los personajes de Muñoz, esa sensación de desarraigo constante y apago nostálgico al terruño que, como declara el propio Muñoz refiriéndose a su propia creación: (implica) una angustia de vivir en nostalgia recordando pasajes de una o varias vidas. Buscando de llenar un vacío insondable, un vacío producto de una permanente orfandad, de hogar que soñamos y que nunca lo tuvimos.»

En suma, tal vez, el mundo interior de Muñoz pueda resumirse en la siguiente frase, tomado del relato *Killincho*: «Un aleteo de ángeles, de silencios, de pañolones negros, de reclinatorios, de santos de yeso, de ojos, de sombras, recuerdos de voces familiares...»



La frontera

(Fragmento)

Juan Alberto Osorio

El primero de los rectores de la tercera fundación de la universidad, un capitán de navío, era la excepción: si miraba traspasaba esos muros del siglo XVI, y enérgica continuaba hasta extinguirse en nebulosas lejanías. Había abandonado embarcaciones, remontando montañas, para establecerse en este apacible remanso del tiempo. En su pensamiento viajero, en sus intermitentes insomnios, percibió en lontananza, los aciagos tiempos que vivimos. Fue un rector que cobró celebridad duradera en La Frontera. Luego de la cena, puntualmente, abandonaba su casa solariega, y sus pasos meditativos lo transportan sin titubeo alguno hasta la Plaza de Armas, que recorrió hasta dar el número exacto de vueltas cada noche. Desde su paseo imperturbable, respondía ceremonioso el acentuado saludo de personas que pasaban por el lugar. Casi siempre aparecía alguien que lo acompañaba en parte de su periplo o contemplaba la cuenta precisa. Estos últimos lo escoltaban en su retorno y degustaban con él la exquisitez de licores que colmaban el bar de la casona. Un mayordomo de estrictos guantes blancos los servía, provenían de distintos lugares del mundo, y llegaban periódicamente en gruesas cajas de madera, llenas de sellos e inscripciones en otras lenguas, y totalmente impregnadas de aroma de otros continentes.

El rector, en sus conversaciones y sus discursos, nombraba océanos y bahías, puertos y acantilados. Desde el sillón en el que descansaba los sábados por la tarde, en la amplitud de la terraza de su casa, observaba el panorama de la ciudad de La Frontera: tejados, torres multiplicadas y un campo árido que llegaba hasta los cerros ignotos y grises. En algunos de estos atardeceres percibía en la lejanía barcos encallados, y entristecía sin remedio; entonces, mares de aguas tranquilas y playas de hermosura incomparable, sucumbían en sus ojos náufragos.

Fue el primero en advertir el peligro, y se puso en guardia ante futuras tempestades. No las avizó oteando los límpidos cielos fronterizos, sino derrumbando en meditaciones de las que retornaba trasnochando y ojoso. Todo empezó una infausta madrugada: torturado por un ilegible y mal sueño, fue varado sin consideración alguna, en las playas pedregosas de una vigilla extraña y solitaria. Tardó en incorporarse, y cuando recuperó el entendimiento, sintió que un extraño temor tomaba completa posesión del él. Pronto comprendió que era demasiada

preocupación para él solo, por lo que su discurso, en la ceremonia de aniversario de la institución, concluyó, drásticamente: La Universidad sorteó arrecifes peligrosos, en el pasado; la tormenta acacha, en el presente, y las aguas cobrarán agitaciones nunca imaginadas, en el futuro. Desde entonces, la inminencia del naufragio o el ataque de naves enemigas quedó para siempre establecida en las pupilas fronterizas.

Poco antes de cumplir su período, hizo un breve viaje a la capital, pero pese a su periplo, y tras muchas tentativas, su cotazón marino le negó el retorno. Luego de varios días de cavilación, se resignó por el retiro. Pero aún antes hurgó sin tregua una posibilidad de retorno a La Frontera. Los últimos años de su vida los instaló en la nebulosa humedad de la capital, y encontró algo de consuelo escribiendo cuentos. Con ellos, publicó tres volúmenes, y es hoy un escritor casi olvidado de todos. Sin embargo, su cuento *Los Advenedizos*, que narra la captura del gobierno por un grupo de hijos de extranjeros, en medio del desconcierto y la indiferencia general, se hizo famoso en los últimos años, y es hoy lectura obligatoria en colegios y universidades.

Su renuncia sorprendió a todos y provocó una conmoción en los claustros. De inmediato, los aspirantes al sillón trabaron contienda. Después de varios días de lucha, cada vez más cruenta, pálido emergió el vencedor. Tenía barba oscura y tupida, y mostraba profunda melancolía la mirada. Las letras de sus nombres y apellidos estaban pobladas en su integridad de reminiscencias y arenas del desierto, que sus padres habían traído desde Palestina. Le resultó difícil administrar una universidad de intereses enconados, y en momentos cruciales, imponía su estilo: amenazas de infarto del miocardio acudían puntuales en su ayuda. De este modo, logró amainar varias votaciones adversas en sesiones de consejo universitario. Sin embargo, nada digno de ser consignado en este Libro Jubilar de la universidad, aconteció en los dos años que logró mantenerse en el cargo. Tiempo después, un profesor de Ciencias Sociales explicaba en conferencia, la coincidencia de este rectorado con el período que él calificó de estagnación, producido en el desarrollo fronterizo.

El tercero y más duradero de los rectores de estos últimos tiempos, se impuso por vía diplomática, y sin contienda alguna. Exhibida la blancura de su rostro sobre la oscuridad impecable de su traje, y fue, además, el último de los habitantes de

la frontera que usó corbata mariposa. Impuso el reino de la pulcritud y del lenguaje florido. En su tiempo, la universidad se inundó de retórica, de modales ceremoniosos y trajes de llamativa limpieza. Un poeta, llegado de la capital por esos años, denominó a todo esto, Siglo de Oro, y convencido de ello, escribió sonetos al fronterizo modo.

El rector aparecía al mismo tiempo en pasillos de distintos locales: observaba el comportamiento de alumnos, la puntualidad de profesoras y la eficacia de empleados. Al pasar por los salones de clase, con disimulo veía al profesor a través de la ventanilla de vidrio de la puerta, al que, a veces, encontraba inadecuadamente vestido; entonces, con cortesía extrema, lo llamaba, y hacía que fuera a su domicilio a recuperar la altura universitaria. El rector ocupaba el tiempo dejado por el profesor, y hablaba a los alumnos de la larga historia de la universidad, desde su fundación en el siglo XVII; de la «suma pobreza de la tierra» que motivó su apertura, tras superar la tenaz oposición de la universidad capitalina, única en estos reinos, por aquellos tiempos. Luego, reconvenía a los alumnos y reclamaba mayor dedicación, para hacer de esta Tricentaria Casa de Estudios, la mejor universidad del país. A menudo, repetía con solemnidad el lema universitario de «Primum vivere deinde philosophari», que los alumnos inscribían en la primera página de sus cuadernos de apuntes. A veces, para vergüenza del personal de servicio, al pasar por el Patio de la Higuera, se inclinaba con elegancia y con la punta de los dedos levantaba una hoja seca desprendida del árbol a su paso, y ceremonioso, la llevaba hasta el cubo de basura.

Esa inmensa higuera había sido traída por los españoles en el siglo XVI, y desde entonces permanecía allí presidiendo los tiempos y sus adversidades. La totalidad de las generaciones fronterizas habían desfilado bajo su sombra exuberante. En su homenaje, los estudiantes de Lenguaje y Literatura de la Facultad de Educación, editaban cada año, un número de la revista *El Patio de la Higuera*.

En aquellos tiempos, la Universidad se pobló desmesuradamente. Los estudiantes «emprendiendo jornadas de mucha aspereza», como rezan los viejos escritos, arribaban a La Frontera, de todas las comarcas del país. Cubrían enormes distancias, atravesaban desiertos inacabables, remontaban montañas entre las nubes y navegaban ríos de aguas amenazantes. Al llegar, contemplaban admirados sus templos, caminaban



Alberto Arias

despreocupados sobre el tiempo en sus calles detenido, y con lentitud penetraban en el sopor de las primeras horas de la tarde, bajo un cielo pocas veces surcado por nube alguna. Así era ciudad en la que muchos de ellos, bisoños aún, morirán. Pero eso no interesaba en ese momento, sino el embeleso del lugar, en el que la vida se ofrecía sosegada e irresistible.

Todos los domingos, el rector y su familia salían de la Catedral y tomaban posesión de la Plaza de Armas. Al verse escrupulosamente ataviados, y rodeados de una servidumbre solícita, de una limpieza al extremo impuesta, resultaba imposible imaginar el día en que esa familia se disgregaría dramáticamente, que esos hijos conmocionarían la vida del país, y ocasionarían la llegada a La Frontera de los ejércitos más poderosos y crueles, que convertirían a esta ciudad en un lugar en el que la vida no valía nada.

En las postrimerías de su segundo periodo, llegaron los primeros profesores desaprensivos y desmemoriados. Odiaban las sesiones y las normas, preferían la tertulia en los cafetines. El rector lidió con denuedo y logró encaminarlos. Los profesores, finalmente, aceptaron a media y a regañadientes. Uno de ellos, hoy autor con lugar seguro en toda antología de poesía nacional, escribió en uno de sus poemas: «Yo soy un muerto en vida / el que hace reglamentos». Pero continuaron llegando profes-

sores jóvenes, procedían de distintas universidades del país. Tenían la conversación poblada de bullicio y de estruendo la risa. Se burlaban del terno y la corbata, y aliados con los que habían sido cometidos parcialmente, arrasaron con el reino de la pulcritud y de la retórica. Con frecuencia aparecían jugando ruidosamente al cubilete en

bares próximos a los locales universitarios o bailando con entusiasmo al ritmo de las radiolas. Algunos se enrolaron en conjuntos de rock o de aires tropicales, y como músicos o cantantes, se les veía contorsionarse en esas fiestas que había convertido a La Frontera en un lugar de euforia incontenible.

Los fines de semana, los profesores se reunían por especialidades, y celebraban los más absurdos acontecimientos. Los de Literatura y Lingüística eran los más ruidosos. En sus encerronas alternaban el rock, las baladas y las cumbias. En los momentos más sentimentales hacían su ingreso los vales y los boleros. Pero subidas las mareas, desembocaban en los huaynos, y formaban grupos de acuerdo a la geografía nacional. Los nacidos en la capital de la república, avergonzados de ello, se ubicaban según sus ancestros. Entontes, con la voz y la emoción de sus padres o abuelos, entonaban con fervor canciones que nunca habían aprendido.

A los profesores extranjeros les encantaba este ambiente. Sólo Anthony Sommers eludía los compromisos, pero cuando ya no podía, y de pronto, se veía en un enmarañado de voces y música, se sometía resignado. Entonces, de un momento a otro, interrumpía la reunión, se ponía de pie y pedía la guitarra. Todos los ruidos se extinguían

para dar paso a las canciones de la guerra civil española. Tocaba y cantaba con aire marcial y con un sentimiento que sin duda venía de las trincheras del Quinto Regimiento Republicano, en el que su padre, un obrero socialista escocés, había combatido y muerto. Al final de la guerra, el adolescente Tony, ganó como pudo la costa norte española y en una embarcación de pescadores cruzó el Canal de la Mancha. Años después, al concluir sus estudios en una universidad escocesa, descubrió que en su corazón no habitaba el león británico, sino un odio terrible a la guerra. En busca de la paz, una tarde neblinosa, zarpó rumbo a América. No sabe cómo un día se vio en calles de la capital, buscando una ocupación. Se sintió afortunado cuando una mañana de frío domingo, leyó en un diario de la Universidad de la Frontera, requiriendo un profesor de inglés. Al descender del avión que lo trajo, descubrió maravillado la ciudad esplendorosa y apacible que siempre había soñado.

Comité Directivo

Sandro Bossio
Nicolas Matayoshi
Abel Montes de Oca
Carolina Ocampo
Zein Zorrilla

Diseño

Abel Montes de Oca P.

Colaboradores

Huancayo: Flor de María Ayala, Sergio Castillo, Gino Damas, Ana Espejo, César Gamarra, Víctor Ladera, Ricardo Soto, Víctor Suárez, Miguel Suárez Osorio, Jesús Vega,

Perú: Samuel Córdich (Huánuco) Luis Gallegos (Puno) Daniel Mathews (Lima) Héctor Meza (Tarma), Doris Moromisato (Lima), Manuel Rojas Vargas (Lima), Rosina Valcárcel (Lima), Dorian Espezuá (Lima), Gonzalo Espino (Lima), José Luis Ayala (Puno), Porfirio Meneses (Ayacucho), Gloria Mendoza (Puno), Marcial Molina (Ayacucho) Juan Cristóbal (Lima), Juan Osorio (Cuzco), William Hurtado de Mendoza (Cuzco), Eli Salazar (Cerro de Pasco), Luis Pajuelo (Cerro de Pasco), Samuel Córdich (Huánuco)

Internacionales: Ghislaine Gazeau (Francia), Silvia Nagy-Zekmi (EE.UU) Giovana Minardi (Italia), Manuel Lasso (EE.UU.)

Auspicio

Centro de Capacitación
«J.M. Arguedianos»

Correspondencia

ciudadletrada@latinmail.com
gemanica@terra.com.pe

Empresa Editora

EDIMUL S.A.
Jr. Moquegua, N° 268, Telf. 211299
Huancayo - Perú

Nota de los autores:

Edmundo Paz Soldán, nació en Cochabamba, Bolivia, en 1967 y es doctor en literatura hispanoamericana, cátedra que dicta en los Estados Unidos desde 1999. Es uno de los representantes de la nueva literatura latinoamericana con obras como *Alrededor de la Torre*, *Río Fugitivo* y *Sueños digitales*.

Manuel Lasso (Perú), poeta y literato, radicado en los Estados Unidos.

Juan Alberto Osorio, Sicuani, poeta, ha publicado «Inausias».

Marcial Molina (Ayacucho), poeta, ha publicado «Ayacucho, la hora nona», «Antología de la poesía femenina ayacuchana» **César Gamarra**, (Lima), poeta, miembro del grupo «Hora Zero», ha publicado «No me digas que es muy tarde», «Canto del Pitzitziroiti» y un estudio sobre la obra pictórica de José Sánchez.

Sergio Castillo (Jauja), poeta autor de «Marianas», «Seudades»

Algemiro Pérez Contreras (Jauja 1935-1970). Poeta, miembro del grupo Primero de Mayo, publicó «La herida innegable», «Biografía de Amor»

Víctor Ladera (Acolia), Poeta obrero, miembro del grupo Primero de Mayo, integra la antología de poesía en homenaje a José Carlos Mariátegui y Antología de la poesía Proletaria.

Gráficos:

Alberto Arias, Jesús Raymundo
Enrique Aquino

(Viene de la Pág. 18)

centenario llamado americanización: nuestros padres estaban obsesionados con Elvis y Marilyn, y los escritores de hace dos generaciones se apropiaban de Faulkner y Hemingway. Sin embargo, en el pasado se veía a esta curiosidad como una indulgencia que era motivo de culpa, porque junto con la fascinación con Estados Unidos había una necesidad retórica de mantenerlo a distancia. Después de todo, desde fines del siglo XIX intelectuales como Martí y Rodó forjaron una identidad ubicando a Estados Unidos como antagonista.

Para las generaciones más jóvenes, esta relación con Estados Unidos (y con el mundo) no carga con el estigma de la culpa: ninguno de sus integrantes siente que debe justificar sus intereses. Las

películas, programas televisivos, música, historietas, libros (y tantos otros productos) están a nuestra total disposición. Son una especie de lengua franca cultural. Ya no creemos en una identidad latinoamericana en contraposición a Estados Unidos. De hecho ya no estamos seguros de que exista una identidad latinoamericana universal. Hemos reemplazado esa ficción con múltiples ficciones: muchas identidades nacionales y latinoamericanas que cambian minuto a minuto. Si, tenemos muchas cosas en común: sobre todo, el idioma y una historia traumática. Pero esas no son esencias.

Somos una generación ecléctica y post-heróica. Hemos dejado de lado, sin mostrar ningún tipo de remordimiento, los sueños utópicos de cambio social de

generaciones pasadas. Somos pragmáticos, capaces de ir hacia delante, paso a paso, y reacios a arriesgarlo todo en una movida atrevida. Valoramos algunas tradiciones, pero no creemos en el culto al nacionalismo (que dice que lo nuestro siempre es mejor que lo extranjero). No tenemos miedo a incorporar, a veces sin una adecuada perspectiva crítica, cualquier cosa que deseamos o nos gusta. Vivimos el momento y nos reinventamos permanentemente. Quizás esa flexibilidad sea necesaria para enfrentar los desafíos del nuevo siglo. El peligro es confundir esta libertad con la anarquía de vivir solo el momento. Pero explorar nuevos territorios justifica correr el riesgo si eso nos ayuda a comprendernos mejor.

Letra Libre de NICO

Homenaje a don Gustavo Valcárcel

Para este cuatro de Junio, la Mesa Directiva del Congreso de la República prepara un merecido homenaje al poeta Gustavo Valcárcel Velasco, (1921-1990), participan en el homenaje los poetas Marco Martos, Sonia Luz Carrillo, Tulio Mora, Juan Cristóbal, Rosina Valcárcel; el dirigente Gustavo Espinoza y la declamadora Delfina Paredes. Desde 1948 el poeta hizo de la poesía un itinerario de vida, entre muchas otras ha publicado: *Confín del tiempo y la rosa, Poemas del Destierro, Cantos del amor terrestre, Cinco poemas sin fin, Cuba sí, yanquis no, Pido la palabra, Poesía extremista, Pentagrama de Chile antifascista, y los ensayos Reportaje al futuro, Perú, Mural de un pueblo* y la novela *La Prisión*. De su poesía, Xavier Abril dijo que "... es un mensaje matinal del hombre: descubre los sentimientos puros, las sensaciones inéditas del color y de la música, todo aquello que ofende lo cavernario de la especie, lo rezagado del instinto..." Manuel Baquerizo escribió: "Testigos somos de la dura y difícil existencia del poeta, quien, para sostener a su familia, debe salir a diario a las calles, junto con su esposa, a vender personalmente sus libros o los libros de otros autores cuya edición o venta le encomiendan. Valioso ejemplo, para las juventudes ansiosas de transformar el mundo, porque con mucha frecuencia, suelen consumirse en ligeros y apresurados discursos o en una agitación inconsistente..." y al alimón, los poetas Peco Bendezu y Juan Gonzalo Rose afirmaron que "... la obra literaria de Gustavo Valcárcel no sólo posee una extraordinaria calidad, sino que cada una de sus páginas refleja el drama de nuestro tiempo, principalmente la esperanza y el drama del Perú. En ninguno de nuestros actuales escritores es posible hallar un testimonio más verdadero y hermoso, de lo que realmente somos y anhelamos ser..." y el gran pintor mexicano Diego de Rivera escribió: "Había gustado profundamente de los bellos poemas de Valcárcel, de fuerte amargor y aliento revolucionarios y cuando lo conocí personalmente, por suerte mía, lo acompañaba su esposa Violeta..." la misma extraordinaria mujer a quien el poeta escribiera:

*Te escribo un triste verso alegre, un verso
que declare mi amor a tus cabellos
y se quede entre ti, pequeña patria
abrazado a tu cuello, siempre mío.*

*Desde lejos mi voz se te declara,
rocío sobre el tiempo, canto humano,
oh, marinera de mi amor terrestre,
oh, campesina de mi amor marino.*

Y en otro verso, el poeta exclama:

*Diez años, camarada, esposa mía
yacen con amor
al pie de nuestras vidas.*

*No caeremos nunca, compañera,
porque diez años nos han dicho
que en la miseria
la prisión
el destierro
y el llanto
también hay un lugar para la dicha.*

Porque, en su novela *La Prisión* nos dice: "Se es libre en la medida en que florece el espíritu... ya que: "Siempre nos imaginamos que todo gira a nuestro alrededor para, después, comprobar que la insignificancia es el verdadero rostro de nuestra egolatría..." pequeña egolatría individualista, superada ampliamente por el espíritu solidario de su visión política y vital, pues, como escribiera en su *Epístola a los recién casados*: "Vendrán hijos al planeta Tierra como la primavera al mundo y en la semilla de sus pequeños ojos veréis el futuro grandioso, es decir, la morada del hombre sobre un universo cabal..." Ahora es la hora de homenajes y festejos, es la hora de la memoria profunda que se filtra en nuestros corazones. Es el momento preciso en que podemos encontrar la reconciliación y la paz en el mensaje eterno del amor que trasciende al individuo y se proyecta hacia la humanidad. Esto nos recuerda que también es hora de un afectuoso recuerdo al crítico Alfonso La Torre (Alat) hoy olvidado.

Concurso literario

El Circulo Literario «César Vallejo», la Biblioteca Municipal "Jorge Basadre" y el Colegio Estatal Mixto "Jorge Basadre" de Chupaca, convocan al II Concurso Nacional de Narrativa Escolar. *El Cuento de mi pueblo*, autorizada y auspiciada por la ADE Chupaca-Ministerio de Educación y el INC de Junín, con el fin de motivar la creación literaria entre los estudiantes del 1° al 5° grado de secundaria, el primer puesto obtiene una estatuilla de oro y mil nuevos soles, también hay resoluciones de la ADE Chupaca como estímulo a los profesores asesores.

Enviar un cuento con tema libre, original y tres copias, con 6 carillas como máximo a doble espacio en papel A4. En sobre aparte enviar datos del alumno, centro educativo y nombre del profesor asesor. Se recepcionaran los trabajos hasta el 23 de setiembre y la premiación se realizara en ceremonia especial en la Plaza de Armas de Chupaca el 11 de octubre a las 11 de la mañana. Enviar los trabajos al CEM "Jorge Basadre" - Chupaca, Junín, o a la Secretaria Municipal Provincial de Chupaca. ¡Suerte y buen trabajo a los competidores! Los mismos convocantes vienen de culminar la realización de II Concurso de Poesía por el día de la madre, la entrega de premios se ha previsto para el día viernes 31 de mayo en el auditorium de la municipalidad auspiciadora.

Presentación del libro de Sandro Bossio

Este 3 de Junio, Sandro Bossio Suárez, miembro del comité editorial *Caballo de Fuego*, presentará su novela *El llanto de las tinieblas* en el Auditorium del Banco Central de Reserva en Lima, la presentación estará a cargo del crítico Javier Agreda, que volverá a presentarlo en la ciudad de Huancayo el jueves 13 de junio. Nuevamente familiares, amigos y paisanos volveremos a sentirnos orgullosos.

Las nuevas publicaciones locales

Esta circulando una plaqueta sumamente provocadora *Eyaculame* - Revista de cultura y contracultura, vocero del flamante grupo "Unión de escritores Allan Ginsberg" hay notas sobre Carmen Ollé, una nota de Flor de Mana Ayala sobre Miguel Otero Silva y poemas de Blas de Otero, Alfonso Mitre, Aldo Blanco y Raúl Arce Chavez Américo Acevedo, en su afán de divulgar y popularizar la lectura de buena poesía, acaba de entregar una nueva selección de poesía dedicadas a *La Madre*. Entre los antologados se encuentran Julián Petrovick, Augusto Tambini del Valle, Armando Castilla Jorge Pimentel, Doris Moromiso, Carlos Salaverry, Juan Gonzalo Rose, Carlos Oquendo de Amat, Magda Portal, Dora Varona vda de Alegria y el propio Acevedo, entre otros. Jack Flores Vega acaba de presentar su libro *Lecciones para un suicida*, (Ediciones VL 2001) su presentador, el narrador Cronwell Jara dice: "... es un escritor nato, posee la fibra del buen cuentista, conoce la psicología de la gente, aquella sencilla y pobre..." a mí me ha conmovido el sentido de su relato *El soldado desconocido* y navega entre

mis cavilaciones sus reflexiones sobre el hecho de pensar: "Desde entonces la abuela nunca más volvió a pronunciar esa palabra (piensa) y se quedó a vivir en el infierno para toda su vida, pues era allí donde se pensaba..."

Sólitos e Insólitos

El importante sello editorial "Lluvia Editores" ha editado el libro de relatos *Sólitos e insólitos* del escritor ayacucho Baltazar Azpur. El crítico literario Ricardo Gonzales Vigil dice del libro: "Con su *Canto a la naturaleza* (1992),... plasmó uno de los mejores libros de poesía en lengua quechua. La visión animista de la naturaleza, impregnada de milenarias raíces andinas, brota intensa, rica en matices y sugerencias sutiles, en sus composiciones breves, brevísimas: se diría núcleos de harawis en diálogo con haikus japoneses... La destreza para concentrar imágenes y símbolos en pocas palabras se extienden ahora, en *Sólitos e Insólitos*... leamos *Ortografía de la letra*: "La vida se escribe con "v" chica" y la muerte con "b" larga. // Si cambiamos la letra, ¿la vida larga?/ Si nos equivocamos, ¿la muerte corta?" Y en *Impaciente* socarronamente Azpur escribe: "La mujer amada/ dormitaba un Sí// Por despertarla/ me dijo No". Notable manejo de buen humor y fina ironía, un buen manejo de relatos para adornar nuestros días con una sana sonrisa.

III Salón Nacional de Pintura en Huánuco

En homenaje a la fundación española de la ciudad de Huánuco, la Asociación de Artistas Plásticos «Ricardo Floroz» de Huánuco convoca a los pintores de la región a participar en su concurso y exhibición anual de pintura. El tema es libre, se recepcionan los trabajos del 15 al 30 de junio en el Jr. San Martín N° 1158. Para mayores informes solicitar las bases al telefax 064-512928, hay un premio de 3.000 nuevos soles al primer puesto y 1.500 nuevos soles al segundo.

El Ornitorrinco del E mail

Estamos recibiendo la revista electrónica *El Ornitorrinco Vertebrado Cultural* ornitorrinquito@hotmail.com que en su número nueve incluye "Historias de asombros y desgracias del poeta Juan Cristóbal, un estudio del director Ricardo Ayllón, (Chimbote 1969) sobre el poeta Santiago Rasso Bendezu y dos poemas de Allan Ginsberg. Ricardo Ayllón ha publicado «Almacén de Invierno» (1996) y «Des/nudos» (1998)



Yo y mi circunstancia

Edmundo Paz Soldán

Una nueva generación de latinoamericanos domina la cultura global para forjar un espacio propio. Por lo general no compro el último disco de Rock o Pop que sale en Estados Unidos, pero cada vez que viajo desde el estado de Nueva York, donde vivo, hasta Bolivia, de donde vengo, llevo esas flamantes grabaciones porque mis amigos siempre me preguntan qué se escucha en el Norte. Pero últimamente sueltan una risotada en cuanto les muestro mis CDs de Creed o No Doubt. Ya los conocen. En realidad no hay nada que lleve de Estados Unidos que ellos desconozcan por completo. Para la generación de latinoamericanos a la que pertenecemos mis amigos y yo, tener acceso a la cultura popular estadounidense y estar al tanto de lo que sucede en ella es natural y se ha convertido, para bien o para mal, en una necesidad.

Internet lo ha facilitado todo: mi

hermano en La Paz no necesita ser un experto en tecnología para bajar a su iMac la última canción de Lenny Kravitz, ya ha visto adelantos de escenas cinematográficas en Internet y leído todas las críticas de estrenos tres o cuatro meses antes de que lleguen a Bolivia.

Pero el interés de mi generación no se limita a las cosas estadounidenses. Eso está claro en la obra de novelistas latinoamericanos jóvenes (de menos de cuarenta) como Iván Thays, Mario Bellatín, Jorge Volpi e Ignacio Padilla. Ellos no se explañan en largas novelas sobre la identidad de un país (como *Conversación en la catedral* de Vargas Llosa) o de un continente (como *Cien años de soledad* de García Márquez), sino que muestran una acentuada curiosidad por lo que sucede en otros lugares. La novela *El viaje interior* del peruano Iván Thays se desarrolla en una isla del Mediterráneo; el mexicano de origen peruano Mario

Bellatín explora Japón en *El jardín de la señora Murakami*; y las últimas novelas de los novelistas mexicanos Jorge Volpi e Ignacio Padilla transcurren en Europa y no mencionan a México ni por casualidad. Entonces, ¿cuándo fue que los latinoamericanos comenzaron a interesarse tanto en el mundo exterior? Tal vez en los últimos veinte años, cuando el ritmo del cambio tecnológico se aceleró y las políticas neoliberales abrieron nuestras fronteras de un portazo, produciendo una corriente de intercambios de ideas, productos y personas. Lo llaman globalización. Nosotros «hijos (y huérfanos) del experimento neoliberal latinoamericano» nos vimos obligados a jugar el juego. Algunos lo hacemos bien.

Algunos dirán que esto no es nuevo, que América Latina siempre ha buscado modelos en el extranjero: Europa en el siglo XIX, Estados Unidos desde entonces. Otros dirán que la globalización es en realidad la máscara de un fenómeno centenario